

Jose Mari Satrustegi Zubeldia y su apoyo al euskera

ENRIKE DIEZ DE ULZURRUN

Jose Mari Satrustegi nació en 1930, cuando el movimiento a favor del euskera estaba tomando nuevos bríos y en unos años en los que se dieron importantes pasos en pro de nuestra lengua. Un movimiento que fue cortado de raíz el 18 de julio de 1936, y los artífices y los protagonistas principales fueron asesinados, encarcelados, perseguidos o se tuvieron que marchar al exilio. Y a muchos de los que se quedaron, vista esa Pamplona oscura y gris, se les fueron las ganas no sólo de continuar, pues estaba prohibido, sino de crear íntimamente siquiera en lengua vasca. Hubo una excepción: “Larreko”, seudónimo del doctor Irigaray, a la sazón director del Hospital de Navarra, el cual escribió en secreto su magnífica obra, *Gerla urte, gezur urte* (Años de guerras, años de mentiras), crónica de aquella Pamplona durante la guerra civil que refleja muy bien el pesimismo que se instaló entre las gentes euskaltzales de Navarra. “El euskera desaparecerá –escribe Larreko en su diario– y habrá que traerlo del País Vasco continental”.

Por lo tanto, así transcurrió la inmediata posguerra. Pero, por suerte, quedó algún rescoldo, fundamentalmente en torno al grupo Oberena, y transcurridos unos cuantos años desde la finalización de la guerra, en 1952, la Diputación reinstauró las clases de euskera, siendo el profesor don Francisco Tirapu. En aquellos años, Miguel Javier Urmeneta, Estanis Aranzadi, Luis Arellano y otros escribieron al entonces presidente de la Diputación pidiéndole una política digna a favor del euskera y se decidió crear dentro de la Institución Príncipe de Viana la Sección para el Fomento del Vascuence-Euskeraren Aldeko Saila, con esos dos nombres oficiales. El acuerdo por el que se creaba la sección fue publicado en euskera y castellano en el boletín oficial en el otoño del 57 y se nombró director de la misma al médico pamplonés Pedro Díez de Ulzurrun Etxarte.

Existía una gran preocupación por el devenir de la lengua vasca y estaban convencidos de que si no se empezaba a trabajar a favor del euskera la lengua desaparecería en treinta años. Efectivamente, el euskera se alejaba cada vez más de las murallas pamplonesas, de los valles de Ezkabarte y Juslapeña, del valle de Esteribar, perdía los valles pirenaicos, y decidieron actuar, primero premiando a los niños y niñas vasco parlantes y animándoles a los padres para que enseñaran la lengua en casa. En ese grupo se encuentra ya Jose Mari Satrustegi, entonces párroco de Luzaide (Valcarlos). Y Josemari siempre recordaba lo que les dijo Urmeneta: “Hay que ganarse a los críos, con ellos vendrán los padres y si los críos los mantenemos en torno al euskera, nuestra lengua tendrá futuro”.

Y se fueron valle por valle, pueblo por pueblo, hasta examinar a miles de niños, darles un diploma y 250 pesetas a cada uno en la cartilla de la Caja de Ahorros. Los principales apoyos fueron Urmeneta y Amadeo Marco, natural de Navascués, pero hijo de padre euskaldun de Uztarroz (Roncal). Y superaron las enormes dificultades y obstáculos que provenían desde dentro de la propia Diputación y del Gobernador Civil de turno, y superaron también el ambiente hostil de algunos pueblos.

Al respecto, Satrustegi solía comentar sobre la labor que llevaron a cabo que aquello fue sobre todo un trabajo psicológico, que la intención no era enseñar euskera, sino transmitir a aquella población vejada, humillada, avergonzada de saber euskera, la idea de que no tenían que sentir vergüenza alguna por aquello, que se quitaran el miedo y que enseñaran en cada casa euskera a los hijos, puesto que cada hogar era una escuela potencial. En definitiva, se trató de sembrar y se sembró mucho. El grupo realizó múltiples actividades: organizó los campeonatos de bertsolaris, interrumpidos tras el alzamiento franquista, subvencionó publicaciones en euskera, ayudó a fundar otras, algún grupo de teatro, concedió ayudas a la creación literaria y se hicieron las llamadas Fiestas Vascas en multitud de pueblos. Y transcurridos diez años de ardua labor, decidieron dar otro paso, la creación de una revista en euskera, para dar más oportunidades de usar la lengua. Se llamó *Príncipe de Viana* y salió como suplemento de la revista del mismo nombre, según decía Satrustegi, para evitar tener que pedir permiso a Madrid. Aquella revista era mensual, se distribuía gratuitamente en siete mil hogares y realizó una labor fundamental. Se reunieron un sinnúmero de corresponsales por los pueblos, gente que empezó a escribir en euskera, siempre atentos a las novedades que se producían en la cultura vasca, sin cortapisas, con amplitud de miras, dando cabida a los jóvenes. Durante aquellos años fue un referente de todo lo que creaba la cultura vasca pero sin dejar de lado temas sociales, noticias deportivas e incluso artículos de índole política. El director fue Pedro Díez de Ulzurrun Etxarte y Satrustegi uno de los responsables. Los escritos de Josemari reflejan una preocupación por diversos temas: los nombres de pila en euskera, los nombres de los pueblos, los topónimos, la necesidad de una revista o periódico para todo el País Vasco, continental y peninsular, etcétera.

En aquel ambiente favorable, se crea al mismo tiempo la página en euskera del *Diario de Navarra*, en la que el grupo impulsor era básicamente el mismo de la revista: Díez de Ulzurrun, Satrustegi y Ángel Irigaray. Y no hay que olvidar que Josemari fundó otras dos publicaciones de reconocido prestigio: *Fontes Linguae Vasconum* y *Cuadernos de Etnología y Etnografía*. Paralelamente,

Satrustegi participó activamente en la creación de ikastolas por los pueblos de Navarra. Pero, en 1971, Miguel Javier Urmeneta dejó la Diputación y este movimiento se quedó sin su protector principal. No tardó en cambiar la sensibilidad de esta institución con respecto al idioma y llegaron las censuras por algunos artículos publicados en la revista *Príncipe de Viana*. A raíz de aquello, el director Díez de Ulzurrun y Satrustegi decidieron marcharse, al igual que la mayoría de los colaboradores, y la Diputación nombró como responsable de la publicación a una persona que en pocos meses hundió la revista.

Continuó en la página del *Diario de Navarra* junto con Díez de Ulzurrun hasta la primavera del 77. Entonces, el director Sr. Uranga empezó a publicar sus artículos que, en opinión de Jose Mari Satrustegi, eran muy ofensivos con la lengua vasca e hirientes para los euskaldunes de Navarra. Le mandaron una carta en respuesta pidiendo que se retractara, Uranga no la publicó, el director empezó a censurar informaciones y los dos decidieron marcharse de aquella página.

En los años posteriores, Satrustegi siempre ha estado al lado de todas las iniciativas de interés que surgían en torno a la lengua vasca. Siempre las ha apoyado y ha expresado su gran disgusto cuando las autoridades han puesto todo tipo de obstáculos. Así, hace 13 años, dimitió del Consejo Navarro de Cultura, cuando el presidente Urralburu, en pacto con el Sr. Aizpún, negó una licencia radiofónica a la emisora Euskalerrria Irratia de Pamplona. En concreto, le envió este mensaje al consejero de Cultura Sr. Felones: “Hortzetan harrapaturik, badakigu otsoaren berri”.

Hace tres años volvió a dimitir, esta vez con la gran mayoría de los componentes del Consejo del Euskera, cuando el Gobierno de Miguel Sanz, a través del consejero Palacios, negó la licencia a la decana de las radios en euskera de Pamplona. Satrustegi le dijo textualmente a Sanz: “Mire, yo en tiempos de Franco he peleado mucho, pero los obstáculos que usted pone son en proporción mayores que los de la época franquista y no cuente conmigo”.

Satrustegi pronunció la lección inaugural de la Universidad Vasca de Vevano en el Colegio Larraona cuando el Sr. Pegenaute le retiró la subvención, y veía con gran preocupación la política de freno al euskera llevada a cabo por los actuales gobernantes, “porque están sembrando odio en contra del euskera y de los euskaldunes”. Así mismo, comentó en el decimoquinto aniversario de Euskalerrria Irratia que en su opinión negaban la licencia a la emisora por el miedo que le tienen a la difusión de la palabra, porque la palabra es lo fundamental en el idioma, el leguaje hablado, y no podían consentir aquello de ninguna manera. Y recordó en una entrevista que con la legislación en vigor sobre el euskera se trataba de seguir viviendo con permiso del enterrador y que a la lengua vasca se le trata como a una reserva. Y puso el siguiente ejemplo: “El ciudadano de Goizueta enferma, sale del pueblo y no tiene ningún derecho en el Hospital de Navarra, en Pamplona”. Lamentablemente, él mismo lo experimentó, porque ya gravemente enfermo, los familiares pidieron la extremaunción en euskera, y por allí no había ningún sacerdote euskaldun.

En definitiva, tras su muerte, a pesar de que en algún medio de comunicación se obviara todo esto y de que en alguna agencia de prensa se dijera escuetamente que ha muerto un antropólogo navarro, y de que el señor arzobispo en los funerales se limitara a decir “la gran labor realizada por el fina-

do en las parroquias vascas”, hay que decir que Jose Mari Satrustegi fue un hombre que trabajó sin descanso a favor de la dignificación de la lengua vasca en aquella época y en la actual, las dos ciertamente difíciles. Persona de trayectoria limpia, una piedra en el zapato de los gobernantes, y máxima referencia del movimiento euskaltzale del País Vasco en general y de Navarra en particular a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX.